

MURIEL Y LILY ALEXANDRA

*Alí Viquez Jiménez**

Eran las doce y lo único claro (en la noche oscura del cuerpo) era que me urgía mucho (mucho) llevármela a la cama.

Se llamaba Muriel (parpadeaba tan despacio que podía distinguirle las pestañas), esto porque su papá era un español originario de un pueblo en Soria así llamado, Muriel viejo para ser exactos (pronunciaba “eshactos”, imitando al padre, supongo) pero luego había ocurrido la desgracia de que en Harry Potter apareció la personaja (así dijo y me pareció lindo, cuando se tiene gracia, se tiene gracia) de la tía Muriel, que habrá nacido en 1899 pero eso se lo inventaron hace poco y su papá jamás oyó hablar de esa bruja horripilante, ni a ella misma le interesaba para nada esa literatura tan barata. Había viajado mucho con la mamá, toda Europa y parte de Asia; la madre era gitana (fumaba y miraba el humo flotando como si allí descansaran sus recuerdos de viaje), se ganaba la vida leyendo la mano (le extendí la mía y me la tomó, qué baratija de lugar común para comenzar a tocarse), pero no, ella no tenía el don (muerta de risa, sin creer que exista un don, pero aguardando otro poco antes de soltarme), aunque le había encantado pasarse la infancia en un carromato que jamás se detenía. Todo eso que dicen de que los niños necesitan un arraigo y de lo difícil que es la vida de la gitanería no es cierto (un largo sorbo de cerveza y una mirada que pretendía chequear si la iba yo a contradecir), la verdad es muy divertido no tener que ir a la escuela. Mi madre además tenía un doctorado en antropología y mi padre, al que no veía más que cuando estábamos en Soria, era máster en dinámica de fluidos; ellos se encargaron de educarme mejor que en cualquier colegio (se acomoda el gorro de lana, se arregla el pelo debajo, deshace todo y queda igual que antes). Pero lo que realmente me gusta no es España, es Budapest, yo tengo que haber vivido una existencia anterior allí (otro largo sorbo de cerveza, pero ya no me escudriña, ya sabe que estoy dispuesto a creerle lo que sea) porque cada vez que he ido, sabes, (habla de “tú” y con acento tico, esto es lo peor y, qué dicha, no me importa), tengo recuerdos muy vívidos de todo lo que veo, y me siento como una princesa paseada por esclavos, además me viene un sofoco cuando me acerco al Danubio, pero te diré que el vals no me gusta y de azul ya no tiene mucho esa agua contaminada (la sonrisa se le torna en mirada divertida). Me voy a tomar otra, y al menor gesto, aunque el bar está que revienta, el mesero se acerca y le pregunta qué quiere, mi cielo; el muy igualado parece que no me estuviera viendo. Me controlo muy a tiempo, que no se me note la rabia, estoy seguro de que no soporta a los de tipo celoso y mucho menos cuando acaban de conocerla.

¿Mitómana? Está más que claro, pero yo también le tengo preparadas dos o tres mentiras: mi edad, estado civil y prolongado desempleo.

Sigue (es de las que les gusta que las escuchen, así son todas) con que ha estudiado ballet, nada de danza moderna, eso es para quienes no tienen habilidad real, cuando se hizo mayor (pero tendrá

* Profesor de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura, Universidad de Costa Rica.
Recepción: 15/12/10. Aceptación: 16/04/11.

que haber sido hace muy poco, si acaso tiene veintidós, pero ella lo dice como recalando que es mujer crecida) encontró que viajar con una compañía de ballet rusa era la mejor forma de continuar con esa vida errante a la que se había acostumbrado de chica (camina los dedos por la mesa, como si los bailara). Los rusos son los mejores, no hay duda, pero su idioma es horrible, todo el tiempo te escupen, ella lo aprendió a regañadientes, si bien es cierto que no le costó porque ya cuando vas por el sexto o sétimo idioma los terminas hablando dormida (risas que quieren ser de inteligencia, pero yo solo veo el escote súbitamente amplio, y una sombra que por Dios es pezón, quito la vista rápido), todo comenzó (pausa maliciosa, hice bien en mirar y en dejar de mirar) por viajar tanto, tantos países, tantas lenguas (esto lo dice despacio, sensual) y yo con el deseo de leer los libros de autores como Dostoevski, Shakespeare, Flaubert... pero solo en el original, traducciones no (cuidado, boba, que dijiste algo malo del ruso hace ratito y ahora el primero en la lista de autores...). Así que me la paso leyendo, leyendo y bailando, mi maestro fue Baryshnikov, él quería que me quedara en Nueva York (ahora bebe la cerveza con verdadera voracidad, como si se avergonzara por estar yendo muy lejos) pero yo no quise, sabes, tengo amor por esta tierra, la familia de papá vive aquí, de hecho me llamo Lily Alexandra por mis tías...

Los dos queríamos, pero ya no hubo manera: muy poco tiempo desde que dijo que se llamaba Muriel y aún no estábamos tan borrachos como para hacernos los majes. Si hubieran sido ya las tres.